

Cabal y Pendás

Alfonso Camín

Cabal anda siempre desencauzado. Primero iba para canónigo y acabó en poeta. Crió cuervos en Cuba y le sacaron los ojos. Sacó a Salvador Rueda del rincón de una “bodega”, olorosa a tasajo de Montevideo y, apenas el vate malagueño hizo el canto épico a las manos católicas de don Nicolás Rivero Muñiz, le dio las espaldas a Cabal con el desdén olímpico de quien ha triunfado en Cuba con “La canción del Bagazo”, dedicada a Santeiro, sociedad en comandita. Verdad es que se le coronó en Cuba a Rueda. Y, a renglón seguido, se coronó a “Cucaracha”. “Cucaracha” era un tipo muy parecido a Rueda, en lo físico. Y en lo moral, hermano mellizo de “Cien higos”, madrileño y pariente lejano del “Bobo de Coria”, de Velázquez. Cabal fue el alma mater del *Diario de la Marina*, desde corrector de pruebas a bibliotecario y editorialista. Por cierto que, como bibliotecario, pasó los grandes apuros.

El actual conde de Rivero, que entonces era Ñiquito a secas —no le confundamos con Pepín Rivero, actual director del diario—, tenía una llave falsa y le desvalijaba a Cabal los mejores ejemplares de la biblioteca para venderlos en el Rastro. Esto le trajo a Cabal de cabeza. Gritó, gesticuló. Enarboló su honradez como el bastón del alcalde de Móstoles. Pero todo quedó reducido a agua de borrajas. Después de todo, el actual condesito no sustraía más que parte de la herencia. Ñiquito siguió siendo Ñiquito. Y Cabal, el bueno de Cabal dejó de ser bibliotecario. Pero todo iba bien mientras creían que Cabal no tenía talento. Por lo menos un talento de bibliógrafo, honrado a carta cabal, como su apellido. Díganlo los artículos de mi fraterno amigo Astrana Marín, en *El Imparcial* madrileño. En cuanto creyeron que Cabal tenía algo en la mollera, lo primero que prepararon fue un duelo. Pensando, claro está, que Cabal es hombre de libro más que de espada. Nervioso y propenso a la emoción cardíaca. Fracasaron los que pensaron asustarle. Cabal, que se sabía de memoria todas las letanías, se aprendió de memoria las letanías del florete y entre “Khirie leison” y “Padre nuestro” más o menos, poco faltó para que le llevase a Carricarte, el corazón en la punta del hierro, como si fuera una manzana pintona. Las cosas de la infancia no se olvidan, y alguien me contó que Cabal, de rapaz, era un buen ladrón de manzanas.

Fracasados en el duelo, se le buscó a Cabal otro traspiés. Se le envió a Madrid. Se le dejó sin cuartos, lo mismo que a mí por la misma época, y se le empujó hacia el fracaso. Y en Madrid se vio con cuatro o cinco “rapazos” comilones como cinco lobeznos. Y el pan en las estrellas. No se volvió loco por el hada madrina que lleva al lado. Una compañera que lleva el nombre de una reina española de romance, como fue la reina Mercedes.

Cabal luchó como un condenado en Madrid. Hasta lo vi detrás de un burro que lo guió hasta la Academia Española. El burro era asturiano. Y está visto que todos los burros de Asturias son bachilleres.

Ahora, cuando Cabal, que vale más que gran parte de la caterva de plumíferos y de poetas chirles, “parpayuelas” de pajar seco, que invade la región asturiana, es nombrado no sé qué cosa rara del Comité del Turismo, todos los “picachuelos” de adentro y de afuera le caen encima como bandada de gorriones sobre las riestras de maíz maduro.

No hay derecho. Yo no creo en el turismo, que me parece alberca para gansos caseros. Jilguerín reclamo para que las aves indianas caigan sobre el barbecho en que se tiende la red. Pero creo en Cabal. En la honradez personal de Cabal y en su laboriosidad perenne de abeja que no deja de amontonar miel. Inclusive, en su paciencia de hormiga, que muere en la demanda, llevando pajas hacia el hormiguero.

Creo en la honestidad de Cabal para toda encomienda que no sea dirigir criadas o confesar pecadoras. Creo en el Cabal laborioso. Y poeta, hasta cuando escribe en prosa. Porque sepan ustedes que la prosa de Cabal está hecha de octosílabos enlazados de endecasílabos sonoros. Ciertamente que la labor de la hormiga no es tan violenta como la del escarabajo, Pero entre la hormiga que labora su castillo de pajitas de oro y el escarabajo que hace su castillo roqueño en la boñiga del monte, no hay duda: me quedo con la hormiga virgiliana.



Ahora vamos sobre Paco Pendás. Nadie le conoce mejor que yo. Ni siquiera la boina de Cangas de Onís, que se pone para venir a la corte española. Una boina como un huevo frito. Sin duda, la quinta que hizo aquel sastre asturiano a quien le dieron un cuarto de vara de tela y un sólo huevo en la casa aldeana para que hiciera cinco gorras para los cinco niños: “Un huevo, un huevo ye... Pa un sastre poco ye...” Y de una gorra sacó cinco gorras.

Pendás estuvo en Cuba, en México y en los Estados Unidos. Allí se hizo periodista, libró grandes campañas políticas, fue amigo de Juan Rivero, enseñó a Zamacois a escoger tabacos de treinta céntimos en Nueva York y fue el guía espiritual de cuantos latinos se perdieron en el vientre de aquella especie de ballena de Jonás en aguas turbias del Hudson.

Un día echó de menos el orbayo de la tierra y vino a dialogar con Pelayo en Covadonga. Golpeó el sepulcro, le habló en asturiano al vencedor de los moros, y cuentan que Pendás sufrió un gran desencanto. Don Pelayo no sabía asturiano. Se sentó en el sepulcro con en una tayuela, y el rey echó un discurso en catalán. Confundió a Pendás con Cambó. Desde entonces, Paco Pendás se refugió en Cangas de Onís. Y de descenso en descenso, se dejó hacer hasta teniente alcalde. Esto fue motivo para que los asturianos que rezamos a Asturias nuestra oración perenne y que nada le debemos a Asturias, repudiáramos a Pendás. Pero cuando un heraldo de Arriendas vino, hace poco, tocando un xiblatu diciéndonos que a Pendás le habían destituido del puesto, fue tal nuestro contento espiritual, que quieran que no, le dieron sus amigos un banquete a Pendás en “Molinero”. Eso a pesar de los “antecedentes políticos” y de la boina del tamaño de un huevo frito con que se nos presentó en Madrid, como tremenda credencial asturiana. Fue un banquete de reproche y de desagravio. La comisión la formaban tres asturianos de cepa, y no de parra: Francisco de la Vega, poeta humorista; Sacramento Prieto, asturianista notable, y Antonio Iglesias, cuyos trabajos literarios son bien conocidos por esos vericuetos del oso y de la nieve. No hubo discursos, lo cual es prueba del buen gusto literario de la comisión. Fue una comida armoniosa y silenciosa, en la que no faltó el madrigal de la sopa de ajo, ni el poema rotundo de la “fabada” de la tierra. Se le permitió, como concesión única, a Pendás, hablar de las barbas de Carranza. Tornó el silencio y todos salimos haciendo grandes elogios del talento de Pendás, que supo ser discreto y escribir varias páginas de silencio al margen de la “fabada”.

Pendás se merece eso y mucho más, que diremos apenas salga en letras de molde el diálogo que sostuvo con Don Pelayo, recostado en el sepulcro de piedra, como en la pilastra asturiana.

CAMÍN, Alfonso, “Cabal y Pendás”, en *El Popular*, Cangas de Onís, 9 de diciembre de 1926, año VII, núm. 291, pp. 1-2.